



DESDE SALAMANCA ...

L. MICHELENA

Me parece un claro acierto de la dirección colectiva de OARSO el haber tomado como tema central para este año el problema de la Universidad entre nosotros. Y no porque yo tenga algo que ver con esa institución. Más bien soy profesor universitario porque comprendí hace ya tiempo lo que nos iba en ello. El momento actual, por razones demasiado conocidas, puede no ser (¿o sí?) el más adecuado para discutirlo, pero siempre es tiempo de tratar de lo que es apremiante.

Cuando hablo aquí de Universidad, lo advierto de antemano, hablo siempre de la Universidad oficial. No tengo deseo ni intención de menospreciar la actividad de otros centros: tengo en ese punto la conciencia tranquila, ya que conozco directamente su labor a la que he prestado mi pequeña ayuda, siempre que me ha sido pedida. A mi entender, sin embargo, no bastan, aunque crezcan y se multipliquen, para colmar nuestro vacío. En otras palabras, aunque la Universidad estatal no sea un ideal en el reino

de la pura posibilidad, sí es lo mejor a que podemos y debemos aspirar en el mundo real de hoy y del mañana inmediato.

Distintas circunstancias hacen que ese deseo no alcance aquí más que a unos cuantos. Demasiados lo toman, por una especie de desgana, como una cuestión bizantina que sólo puede interesar a unos pocos *letrados* o *sasi-letrados*, de acuerdo con la idea, fomentada por muchos, de que lo cultural es una especie de lujo, sin raíces en la vida diaria, superfluo siempre y acaso pernicioso. Y, por si alguien se deja llevar más lejos por la suspicacia, añadiré que quienes vivimos de cantidades presupuestadas venimos a ganar lo mismo en Salamanca que en San Sebastián. Dejados aparte nosotros y otros cuantos, es a la gente en general a la que la falta de Universidad le cuesta y va a costarle buenas sumas de dinero propio.

Creo que en el desinterés interviene una cierta conciencia de superioridad: el orgullo por esto o por aquello no es, desde luego, exclusiva nuestra. Basándonos en que nuestro nivel general de instrucción es más alto que el de algunas otras partes (no hay más que pensar en la proporción de obreros especializados, de técnicos, de administrativos y directivos), concluimos que nuestro nivel cultural a secas es más elevado. Pero esta inferencia es ilegítima, porque en el mundo del saber y de la cultura es el escalón más alto el que condiciona y configura los demás, y ese escalón es el que en las sociedades actuales, sean del color que sean, va inseparablemente unido a la Universidad. Y ahí es donde andamos cojos, mucho más que otros. Y lo malo no está en que cojemos, sino en que no lleguemos a darnos cuenta de nuestra cojera.

Cuando se trata de la Universidad, además, siempre nos empeñamos en pedir gollerías. Ya la de Oñate *tenía* que ser algo distinto y, como no entraba así en la nueva ordenación, desapareció; esto siguió sucediendo en tiempos de la Sociedad de Estudios Vascos, y se repite hoy, día tras día. No queremos una Facultad de Ciencias corriente y moliente, sino una de Petroquímica, altamente especializada. Siento disentir de la muy competente opinión de buenos amigos, pero me parece que salta a la vista que necesitamos exactamente lo contrario: sólo una base general, por modesta que parezca, hace posible la especialización. Tampoco creo en la incidencia inmediata de la formación universitaria sobre la economía del país. De ser eso cierto, Salamanca tendría que ser un emporio de la industria química, y es manifiesto que no lo es.

Lo que nos hace falta, insisto, es una Universidad a secas, con Facultades que tengan la titulación más amplia posible. Lo que salga después es, en parte, cosa nuestra. Las Universidades de Barcelona no son como las de Madrid, ni éstas como la de Salamanca. El ambiente en que viven las ha hecho, en buena medida, lo que son.

La enseñanza en un país tiene que ser un mecanismo autorreproductor, ya que necesita nuevo material para suplir el que con el tiempo se desgasta. Por eso mismo quizá, tiene una organización estratificada y jerarquizada: la gente que trabaja en niveles más bajos—que son, sin embargo, los más importantes—recibe más arriba su formación. Y los de arriba intervienen además en la designación de las personas que van a prestar sus servicios en escalones inferiores, sin que nunca se dé el caso inverso.

Esto viene a cuento, creo, en lo que toca a nuestros universitarios y similares. Los de mi edad hemos conocido una larga época en que sólo los hijos de personas pudientes—que estaban lejos de ser, por lo general, muy pudientes—podían seguir una carrera. Por otra parte, y esto es lo que

importa, la carrera universitaria se cursaba, con escasas excepciones, en una Escuela técnica (ingenieros y arquitectos), en Medicina o en Derecho.

Ahora bien, cuando yo visitaba Salamanca como las golondrinas o las cigüeñas, Fernando Lázaro, decano entonces de nuestra Facultad, me explicó algo que, tal vez porque salte a la vista, me habría costado descubrir: que Derecho va con Medicina, mientras que Letras—extraño maridaje—va con Ciencias. Y es así porque, salvo raras excepciones, los primeros tienen como salida principal el ejercicio privado de su profesión, con un puesto universitario («catedrático de...», etc.) como trampolín publicitario, al revés de los segundos que viven normalmente de la enseñanza y tienen que publicar por añadidura para mantener o mejorar su imagen pública. Dicho de otra manera, son «intelectuales» porque no les queda más remedio.

Esto ha cambiado hoy, y basta mirar alrededor, puesto que son legión los que entre nosotros siguen o han terminado carreras de Ciencias o de Letras. Hay que contar, pues, con la presencia de un proletariado de la enseñanza, abundante ya y que va a crecer en los años próximos. Y, ¿dónde van a colocarse? Bastantes, sin duda, en la enseñanza privada, tarea que no voy a depreciar puesto que en ella he trabajado mucho tiempo. Ahora bien, el porvenir que les espera no es demasiado tentador (no mucho más tentador, en todo caso, que el que se ofrece a un obrero no calificado), a no ser que, aparte de ser unos profesores tolerables, posean cualidades de empresario y les acompañe la fortuna para montar un tinglado por su cuenta, con lo que quedarán condenados como patronos a explotar a sus colegas menos avisados.

Pueden, sin duda, opositar. Pero es que a nosotros, se dice y se repite, no nos gusta hacer oposiciones. A nadie, añado yo que las he hecho dos veces, le agrada pasar por una oposición, como a nadie le agrada demasiado descargar vagones, cosa que yo he hecho también. Eso se hace no porque a uno le guste hacerlo, sino porque uno tiene que hacerlo.

Entonces, si hay que opositar, la situación del aspirante está dada ya de antemano: o se está en el circuito o no se está. Me explicaré. Por la estratificación ya comentada, los de arriba pueden y suelen estar en los tribunales que van a proponer a los de abajo. Quien haya seguido los cursos de una Universidad oficial tiene la esperanza razonable de que, en ese tribunal o en el siguiente, esté presente alguno de sus maestros. Y éste, cosa natural, no va a juzgarle sólo por una actuación ocasional, sujeta a tantas variables. Alegará en su favor, por ejemplo, que tiene un buen expediente académico. El opositor sin padrino conocido (así el que ha estudiado en ciertas Universidades no oficiales), por el contrario, no llegará a sacar un puesto, hacia la cola, más que si cuenta con una inteligencia próxima al genio o si es un empollón que se lo ha tragado todo. De no ser así, pienso, seguirá como estaba.

Cuando se habla de que la falta de Universidad cuesta dinero a la familia porque los hijos tienen que pasar años lejos de casa, etc., no creo que se saquen bien todas las cuentas. En una Universidad oficial, un estudiante digamos aceptable tiene a menudo la oportunidad, retribuida sin un trabajo abrumador, de quedarse en ella después de acabar la licenciatura, en los años decisivos de su formación. Como becario, ayudante, etc., tiene a mano abundantes elementos materiales y dirección calificada para hacer el doctorado o para preparar, si lo prefiere, unas oposiciones a puestos no universitarios. Siendo ya doctor, puede naturalmente pensar en opositar para la Universidad, no sin apoyo al otro lado de la barrera.

Siendo esto así, y es así, uno se pregunta por la razón de la desgana que nos domina. Una de las causas, y acaso la primera, está en que lo referente a este problema parece ser, de hecho, materia reservada en los medios de difusión que llegan al gran público: hablo de los diarios, ya que no contamos, si no me equivoco, con semanarios, salvo en lengua vasca, de que valga la pena hablar. Como es natural, ese tabú nace de intereses privados bien conocidos que, por eso mismo, no cabe designar por su nombre. Diré, por limitarme a aludir, que somos pocos los que conocemos la labor desinteresada e infatigable de unos pocos cuya gestión, cuando llegó a ser molesta, fue anegada desde dentro, por una infiltración inevitable de «natos». Esos pocos iniciados saben, y lo advierto para que nadie se deje llevar por la primera sospecha, que el señor Valencia Remón se distinguió por sus esfuerzos para conseguir que San Sebastián tuviera su primera Facultad, que no es precisamente la que luego ha sido la primera.

Además de los intereses particulares y de grupos, tan eficazmente apoyados por la voz silenciosa de la prensa guipuzcoana, habría que mencionar el hecho de que la Universidad de Valladolid, tomando como fundamento un reparto feudal del territorio que se hizo hace años, no parece dispuesta a aceptar la inevitable prescripción de sus privilegios, como de hecho la ha aceptado Salamanca, por ejemplo. Así, por no quererlo los «nuestros» o porque otros se oponían, apenas nos ha tocado nada en la pedrea de centros universitarios, necesaria aunque realizada de forma un tanto alocada, a que hemos asistido y seguimos asistiendo. Todos sabemos lo de San Sebastián. Bilbao tiene su Universidad, sobre el papel, pero carece de distrito, si no me equivoco, así como también de un par de Facultades, por lo menos.

Se ha hablado y se habla de nuestra situación privilegiada; no se habla, en cambio, de las contrapartidas evidentes. Así, se silencia la clara dependencia que padecemos, por culpas propias o ajenas, en el terreno cultural. No se trata de cerrar la puerta a nadie; se aspira, simplemente, a que los de casa puedan al menos encontrar en ella un modesto rincón. Y, sin Universidad, no tendremos voz propia ni en la E. G. B., con inclusión de las ikastolas, ni en el B. U. P., ni en parte alguna donde se determine la orientación de la enseñanza o la adjudicación de puestos de trabajo para graduados.

Se habrá echado de ver, por último, que he venido hablando de «nosotros» en vez de hablar de «guipuzcoanos». La más mínima franqueza exige, en efecto, que se señale que Guipúzcoa, con su personalidad propia, ha sido y es parte, porque así lo quieren los guipuzcoanos, de una entidad más amplia, no sólo geográfica (como ese pintoresco «Norte» a que algunos recurren a título de eufemismo), sino también cultural e histórico, por lo menos. País Vasco es uno de los nombres de esa entidad. Por ello, si no queremos caer en el pecado de insolidaridad de que nos ha acusado Azaola, a la vez que se incluía entre los acusados, debemos hablar de Universidad para el País Vasco, algo que todavía está en mantillas aunque esto sea increíble, y no asépticamente de Universidad para Guipúzcoa. Habrá, pues, que coordinar las iniciativas y no perderlos, para hacer como que se hace, en proyectos aislados que lindan con la megalomanía. De esto sobran ejemplos antiguos, recientes y aun recentísimos.